

CONSEJO LATINOAMERICANO DE CIENCIAS SOCIALES
ASAMBLEA GENERAL
Tercera Reunión, Santiago de Chile
Octubre 6-9 de 1969
Tema Especial: Problemática de las Ciencias Sociales
Doc. AG III-7

SOBRE LA INVESTIGACION SOCIAL INSTITUCIONAL
EN LAS ACTUALES CIRCUNSTANCIAS DE AMERICA LATINA

Juan Francisco Marsal

Juan F. Marsal

SOBRE LA INVESTIGACION SOCIAL INSTITUCIONAL EN LAS ACTUALES CIRCUNSTANCIAS DE AMERICA LATINA

PRELIMINAR

A quienes lean este trabajo les voy a tener que pedir benevolencia. Porque he tenido que preparar estas reflexiones en un plazo, poco más o menos, de un mes. Y creo que para su tema, que en definitiva no es otro que el de la existencia de las ciencias sociales en América Latina, no ya un mes sino un año sería un plazo breve. Porque las preocupaciones que yo un tanto impudicamente me voy a atrever a exponer en estas líneas requerirían ser mucho más afeijadas. Espero sirvan por lo menos, en su deficiencia, para sugerir temas de discusión.

Hay una deficiencia mayor en este trabajo, que han notado los críticos del original, y que está muy unida al apresuramiento con que está escrito. Se trata de la falta de clarificación del concepto de ideología, que uso abundantemente en mi trabajo, y, sobre todo, de su relación con las esferas de acción de la política y de la ciencia. Lamentablemente, tema tan importante deberá quedar para otra oportunidad y el lector de este trabajo deberá contentarse con una lectura implícita de esos conceptos y sus relaciones. Y con ello de mi propia ideología. Espero tener en el futuro una ocasión más sosegada para explicitarlos.

Otra salvedad inicial que debo hacer es que lo que sigue está basado, sobre todo, en la evolución de la sociología, más que en otra ciencia social, y que la problemática que voy a plantear se refiere más a la investigación básica que a la ingeniería social o a la ciencia social

aplicada. Creo que esto deparará vacíos muy conspicuos, en particular en lo referente a la economía. Porque el mayor rigor metodológico de la más antigua de las ciencias sociales hace siempre que se escape de este tipo de balances, para los que los economistas tienen poca vocación. Y todos, por otra parte, de una manera rudimentaria e intuitiva si se quiere, tenemos no obstante la impresión de que la ciencia económica es, quizás, la más necesitada de un buen análisis ideológico. Pero yo como tantos otros que me precedieron en estas aventuras, no tengo ni el tiempo ni los conocimientos para meterme en tan ardua tarea.

Valga todo ello como excusa por lo desbalanceado del trabajo.

LA CIENCIA SOCIAL EN LA PICOTA

La aparición de la sociología empírica en América Latina estuvo rodeada de "expectativas acriticas" y "urgencia de soluciones milagrosas" que con razón Germani estimaba perjudiciales para su desarrollo^{1/}. Idénticas esperanzas desmesuradas rodearon al nacimiento de otras ciencias sociales.

Un par de lustros después -no podía suceder de otra manera- esas esperanzas desmesuradas han sido defraudadas y las ciencias sociales tienen que enfrentar la crítica no sólo por no haber podido estar a la altura de las expectativas mágicas que se les atribuyeron sino también como cómplices del deterioro de la realidad social latinoamericana y las esperanzas de mejora, igualmente ilusorias, que la presidencia de Kennedy ideológicamente alumbró. El científico social ha tenido que apechugar también con el redoblado ataque de los hommes de lettres. Los tradicionales image makers de América Latina han desempolvado a tiempo el viejo estereotipo

del científico social: maquiavélico manejador de arteras técnicas y, a la vez -como en todo prejuicio- lo opuesto, envasador de viejos conocimientos en nuevos ropajes terminológicos. (Ni qué decir que la crítica de los literatos tiene sólida base real, por un lado, en el manejo ideológico de la ciencia social hecho por los científicos sociales mismos, y por otro, por la real competencia que los nuevos "hacedores de imágenes" plantean a los viejos detentadores de tal quehacer).

El embate contra la incipiente ciencia social ha venido de dos frentes. En primer lugar de la derecha tradicional y arielista que fuera la indiscutida productora de la ideología vigente en los países iberoamericanos hasta muy recientemente y que, según muestran los regímenes predominantes hoy en muchos países de Latinoamérica, goza aún de muy buena salud. El derechismo espiritualista a la española ha sobrevivido porque los países latinoamericanos no han pasado, salvo algunas excepciones, por profundas renovaciones secularizadoras. Y este pensamiento contrarrevolucionario es fundamentalmente antimodernista y anticientífico. A diferencia de lo que pasa en los países anglo-sajones, la ciencia en el mundo de habla hispánica se ha vivido como algo foráneo: con ribetes demoníacos, de lo que hay que defender "los principios", por unos; como algo que hay que importar, por otros. Este tipo de pensamiento ha dejado muy honda huella en nuestros países y todavía, creo, constituye el meollo del pensamiento de la derecha. Esta ha podido asimilar últimamente las ideas de un desarrollismo de consumo que no enfatiza para nada el desarrollo científico.

Por otro lado, la crítica de la izquierda revolucionaria para quien por usar una frase estereotipada, la sociología científica "es el último intento del neocolonialismo imperialista para evitar la revolución".

Puestos en una posición política en la que todo lo que no es liquidar el statu quo violenta y súbitamente no es más que una traición a la revolución, no se podía llegar a otra conclusión. La actitud del revolucionario a outrance ha sido siempre y en toda época de todo o nada. O estáis conmigo o estáis contra mí. Todo el que no hace la revolución bien porque tiene delectaciones sensuales, ama la vida doméstica o le interesa la investigación científica, es un antirrevolucionario.

Hay que reconocer, por otra parte, que tanto la derecha tradicional como el radicalismo revolucionario tienen abundantes hechos en los que basar su posición. En primer lugar, para la derecha, la sociología y las ciencias sociales en general tienen una tradición intelectual de "desenmascaramiento" de las creencias vigentes que no puede menos que escandalizar a quien tiene una imagen dogmática y normativa del mundo. El relativismo inherente a la ciencia es inasimilable por los sistemas normativos de creencias sociales. Que las tradiciones intelectuales de las ciencias sociales actúan como demolidoras de las normas tradicionales lo prueban ejemplos como el de sociólogos como Camilo Torres, el rol de los estudiantes de sociología en los evenements de París, y, en general, la ideología predominante entre los estudiantes de ciencias sociales de todas partes del mundo. Ni siquiera en los Estados Unidos, donde una elaborada teoría sociológica conservadora predomina en los círculos profesionales y académicos, se ha podido evitar la radicalización ideológica de los estudiantes de ciencias sociales.

En cuanto a la izquierda revolucionaria, no tiene ningún problema para encontrar ejemplos que demuestren el carácter ancilar de las ciencias sociales en el proceso de penetración imperialista y de dependencia

de América Latina. Sólo basta mencionar el caso del malhadado "Proyecto Camelot" o la multitud de investigaciones que se han realizado en América Latina en total dependencia teórica, metodológica y financiera de los científicos sociales norteamericanos.

Ahora bien, que de esas expresiones de dependencia científica se derive lisa y llanamente que todas las investigaciones sociales son per se instrumentos políticos, y que hay que abandonar la ciencia social moderna para retornar al ensayismo solitario como única forma independiente de saber social; eso ya es otra cosa.

Porque lo extraordinario del caso es que la prevención recelosa de la derecha espiritualista y el izquierdismo anticientificista de la izquierda radical se acomodan holgadamente en un mismo asiento: el irracionalismo. No es entonces sorprendente que en situaciones como la actual de la Argentina se produzcan en la universidad oficial los mismos acomodos que se dieron en los países fascistas europeos: saber tradicional "nacional", junto a izquierdistas radicales, populistas y fascistas juveniles revolucionarios. Todos ellos unidos, más o menos incómodamente, más o menos brevemente, frente al "cientificismo foráneo e imperialista".

Lo grave, a ello me refería antes, es que estos repudios a formas nuevas de conocer porciones enteras de realidad es una actitud idéntica a la que adoptó el catolicismo contrarreformista frente a los avances de las ciencias naturales. Ello, ahora como entonces, sólo puede llevar a aumentar el abismo de distancia entre los países más ricos y avanzados científicamente y los países más pobres y atrasados. Como el anarquismo, estas actitudes están llamadas a aniquilar a sus portadores en una rebelión bella y estéril no sólo para ellos sino para sus pueblos.

Creo que las ciencias sociales se hallan en una posición muy grave y comprometida. Por un lado está el combinado ataque irracionalista de la renacida derecha tradicional (su viejo enemigo), el anarquismo juvenil y la desesperación de la acosada izquierda. Por otro los propios errores y dependencia de las ciencias sociales mismas respecto a los modelos y la praxis de los centros de poder. Pero, si alguna ventaja tiene la crisis actual, es la de haber traído el "fin de las distinciones". La crisis de las ciencias sociales no es una crisis particular surgida de la curiosa mentalidad de los "pensadores" de América Latina. No hay más, como se creyó en cierto momento, una sociología del hemisferio sur frente a otra del hemisferio norte. Ya no hay ahora en ninguna parte torres de marfil donde refugiarse de las turbas estudiantiles nativas. Todo es ahora América Latina. Y no por cierto por una impensable penetración inversa de Latinoamérica en las universidades de los países del Norte sino porque las circunstancias políticas y la crisis ideológica de Europa y Estados Unidos se asemejan extraordinariamente a la que hemos padecido por décadas en América Latina. La universidad se ha convertido en la única arena disponible para la oposición política no domesticada. El cuestionamiento ideológico de las ciencias sociales ha llegado a todas partes. Frente a la universalización del fenómeno, las explicaciones psicologistas de otra ra culpando al intelectual latinoamericano de la crisis como pertinaz obstáculo para el desarrollo o Babbit renuente, parecen ahora deleznable.

LAS INSTITUCIONES DE INVESTIGACION SOCIAL

En la crisis causada por el Proyecto Camelot^{2/}, las posiciones se agruparon según la moral o el sistema de valores del científico social individual, fruto de su historia de vida y de su educación. Hubo reacciones "realistas", es decir, sin prejuicios antimilitaristas y civilistas enrages; quienes se declararon partidarios de una ciencia social valorativa y quienes la creyeron imposible; quienes trataron de las implicaciones políticas de la ciencia social y quienes depositaron sus valores básicos en un meliorismo social; partidarios de una mayor privatización de las universidades, y de una mayor participación del gobierno en las mismas; quienes analizaron la soberanía nacional como un valor sagrado y quienes lo estigmatizaron como algo perecedero y circunstancial; los que aceptaron la cultura occidental y cristiana liderada por los norteamericanos, y quienes la denigraron como un mero artilugio de poder, etc., etc.

En la actual situación de confusión hay otros que optan por abandonar el inseguro mar de las creencias individuales y centran su atención en los medios. Los hay de toda variedad y cualquier orientación ideológica. Para algunos, los problemas de la investigación social son derivados simplemente de la mala conducción, de la poca habilidad o las malas relaciones públicas de los que las tienen o han tenido a su cargo. Para otros, el límite de la moralidad se traza entre individuo e institución en el sentido de que la aceptación de ayuda financiera del sistema dominante es aceptable para el primero pero no para la segunda. Hay también los que han descubierto en la financiación, fuera de todo otro contexto, la clave de todo el problema: "dime de dónde vienen tus fondos y te diré

quién eres". Ha habido investigadores sociales que han cargado a determinadas técnicas de recolección de datos, como la entrevista, todos los males de la ciencia social vigente. Por último está la posición de los discípulos del último día de la izquierda, para los que es aceptable la dependencia de regimen "nacional" pero no de los centros imperiales, aunque los primeros dependan epigónicamente de aquellos.

Leídos por sus enemigos todas las estratagemas anteriores para salir del callejón crítico en que se hallan las ciencias sociales, parecen arteros maquiavelismos. No son tal cosa. Se trata de expresiones de la confusión general que reina ahora en las ciencias sociales.

Para las instituciones de investigación social ni la moral individual de los investigadores ni las opciones respecto a los medios son guía suficiente. Pues una institución no puede ser juzgada, como cotidianamente hacemos con los individuos, por su consecuencia con los valores proclamados desde su niñez o por su adhesión imperturbable a determinados medios previamente santificados. Sin mucha precisión podemos decir que una institución es una organización compuesta de una pluralidad de individuos con determinados fines, unos expresos otros tácitos, a veces cambiantes. Una institución no se mide, en definitiva, por otra cosa que por su eficacia en conseguir sus fines presentes.

Las instituciones de que tratamos aquí tienen por objeto el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina. Eso quiere decir ante todo que su acción se produce dentro del área de actividad humana que llamamos ciencia y aceptando sus reglas de juego. Y en esa área a mí me parece que no hay manera de abdicar del viejo ideal de la formalización o, si se quiere decir con los modernos términos de la semiología, el es-

fuerzo por obtener un lenguaje puramente denotativo. Se trata, desde luego, de un ideal a largo plazo por el que han luchado por siglos las ciencias naturales, cuyo objeto estaba englobado dentro de lo sacro, y que se halla lejos aún en las ciencias sociales. Pero una abdicación de este ideal, por remoto que aparezca en el presente, hunde a toda la ciencia social en la total inseguridad existencial.

Pero en segundo lugar, además de ese ideal, la ciencia tiene también una pragmática. Como ha señalado certeramente Verón, la ciencia es está condicionada empíricamente por unas condiciones de producción, de conocimientos materiales y sociales por una parte, e internos a la práctica científica por otra. El ignorarlos, el utilizar los ideales de la ciencia como ya logrados por el mero hecho de su proclamación y el utilizarlos polémicamente, es precisamente la forma de ideología que conocemos por cientificismo^{2/}.

En tercer lugar, hay que señalar que no hay incompatibilidad entre la práctica científica y el compromiso nacional. Se trata simplemente de reconocer el hecho de que la actividad científica se da en nuestros países dentro de un área sujeta a un proceso de dominación a nivel mundial que es una realidad cotidiana e insoslayable. Y es en ese contexto que cobran sentido los tan zarandeados problemas de la "asimetría" y el "colonialismo científico". Se trata simplemente de que en la ciencia la balanza del poder, del prestigio y del dinero está notoriamente inclinada hacia los países centrales creando una situación de asimetría. Ello supone la práctica científica de los países epigónicos es "seguidista" de la teoría, los métodos y los intereses de los países centro. Esa es una situación de "colonialismo científico". Uno de los objetivos más

fundamentales de las instituciones de investigación social de América Latina es luchar contra esta situación. Porque con la creciente complejidad de la ciencia no es posible defender la independencia científica a base de robinsonadas. Tal posición es tan cómicamente ineficiente como la de la "señora gorda" que dice combatiría el comunismo triunfante retirándose a su estancia. Ni tampoco decir, moralizantemente, que las investigaciones no deben ser costosas. Las investigaciones son costosas y lo serán cada vez más; testigo: la luna. La única solución en los países periféricos consiste precisamente en construir y mantener instituciones dedicadas a la investigación científica, con autonomía suficiente para no depender colonialmente de los países centrales.

Se trata, nada más ni nada menos, que de tener una política a largo plazo de desarrollo científico autónomo. Ello es compatible, desde luego, con una relación simétrica con los demás centros de investigación científica mundial y en particular los más avanzados. Porque el aislamiento es en esta materia auto-derrotante.

Esta política de largo plazo no puede confundirse, como se hace tantas veces, con una política desarrollista según la cual la ciencia y la tecnología son los instrumentos claves para un cambio o evolución no revolucionaria que salve el sistema imperante. La instrumentalización de la ciencia para un cambio político de tal o cual sentido es un acto político y debe ser tratado como tal. Que el cambio, revolucionario o gradual, sea deseable o no, es un acto de estimación política y como tal debe ser juzgado. Si se aspira a una ciencia social independiente deben tomarse todo género de prevenciones contra manifiestos actos de política bajo la apariencia de ciencia. Porque como señalara terminantemente

Galtung con ocasión del Canalot: "Una investigación con implicaciones políticas es, por definición, un acto político que cambia el equilibrio político".

Pero no todo es tan fácil de delimitar como ese malhadado proyecto en que todo coincide para hacer un estereotipo de contrabando político: diseño extranjero, financiación por las fuerzas armadas, datos reservados, objetivo político explícito. La realidad institucional cotidiana es normalmente mucho más compleja. Y así como la política es fácil de detectar cuando es manifiesta, no lo es apenas cuando toma formas latentes como en el caso de la investigación que confiere prestigio político a la institución patrocinante en una investigación sin objetivos políticos expresos.

La independencia de las esferas científica y política, su distinto alcance temporal, se ponen de manifiesto en investigaciones científicas que no reportan utilidades prácticas inmediatas o, sobre todo en lo referente al uso de los datos. El problema del uso de datos político-sociales no puede ser tratado, como se hace frecuentemente por ignorancia o mala fe, de un solo lado. Una cosa es el uso de datos primarios o básicos (cuestionarios, historias de vida, planillas censales, etc.); otra los datos ya elaborados en análisis tipo tablas estadísticas y otro por último la publicación de resultados, generalmente ligados a teorías, en los órganos de divulgación científica. Los primeros, por un principio elemental de ética profesional similar al de otras ciencias -recuérdese las "historias clínicas" de los médicos- nunca pueden ser publicados en ninguna parte ni dados a conocer a terceros; los segundos pueden ser hechos accesibles o no a otros profesionales; los ter-

ceros son por definición accesibles a toda la comunidad científica. Si los datos recogidos, aún con las dos primeras cautelas de ética profesional señaladas, son "reservados" y van a ser utilizados políticamente, la investigación es política y no científica.

Pero la división del problema en esos tres aspectos -cruciales desde el punto de vista científico- no es admisible desde el punto de vista político. Políticamente ningún país debería autorizar la publicación de datos sobre su realidad, pues pueden ser utilizados por potencias extranjeras; y en ese sentido todo científico es un delator. Así lo han entendido consecuentemente algunos sectores politizados de la izquierda universitaria norteamericana que se niegan a publicar en forma alguna. Y esto independientemente del origen de los fondos, que es otro problema. El Capital de Marx, por ejemplo, no tuvo financiación de ninguna fundación capitalista y, sin embargo, su publicación lo hizo positivamente apto para ser utilizado para mejorar el sistema capitalista que Marx como político combatió toda su vida. Es aquí donde el problema de la doble praxis -científica y política- muestra su difícil conexión. Porque la aceptación de una visión estrictamente política no puede llevar más que a la negación a la corta de todo quehacer científico-social. Solamente la convicción de que existe una lógica propia de la ciencia y su acción a largo plazo, independiente de los usos inmediatos por las potencias mundiales del momento puede justificarlo. La confusión de planos produce en lo individual ese espécimen híbrido de científico-revolucionario que resulta ser tan mal revolucionario como mal científico. Las hipótesis científicas se validan sólo por sus propios canales de verificación y no por la acción política inmediata. Si lo último fuese cierto, la

teoría de la relatividad de Einstein quedaría invalidada a la corta por su uso político que condujo a la consolidación del poder político mundial de Estados Unidos a través de la aplicación militar de la bomba atómica.

Para pesar de todos aquellos que tienen una visión blocal y simplista de la vida, no todas las esferas de acción del hombre funcionan sincrónicamente ni muestran una simple relación monocausal y unidireccional. Si ello fuese así, la naturaleza que ahora aparece para la perspectiva científico-natural como un objeto separado, nunca habría salido del mundo sacro humano-natural en que estuvo embolsada por centurias. Nadie puede ahora certificar que el proceso de formalización en las ciencias del hombre no puede conducir a la larga a una separación de un ámbito científico en lo humano independiente de las motivaciones de los trabajadores científicos y de los intereses políticos de las sociedades que los sustentan.

Estas consideraciones no pueden llevar a las instituciones de investigación social más que a una preservación de la esfera científica contra intromisiones políticas inmediatas de toda índole.

¿QUE HACER?

En base a todo lo anterior, me atreveré a establecer a continuación algunos puntos a modo de orientación en este complejo problema.

1) La investigación social debe hacerse únicamente cuando se dan las cuatro condiciones que cita Nun^{4/}: libertad para definir la investigación, tanto en el marco teórico como en las hipótesis y método de trabajo; completa autonomía en la realización y facultad exclusiva de designar a los colaboradores; independencia académica respecto a las instituciones o institución que la patrocinan, debiendo responder sólo ante organismos de

carácter científico; y control de los datos que se obtuvieren, los cuales, además de ser anónimos en el sentido profesional, deben ser públicos y accesibles a la comunidad científica.

Sólo así puede garantizarse la supervivencia de un verdadero pluralismo de orientaciones que permita la co-existencia de alternativas teóricas sin ninguna limitación por razones de táctica o conveniencia política circunstancial. No es válido en esto distinguir weberianamente, como yo lo hice equivocadamente en otra oportunidad, entre investigaciones dentro del marco de una moral de la responsabilidad (las que aceptan las circunstancias del presente) e investigaciones con una moral de últimos fines (las que no las aceptan). Sin alternativas teóricas totales, entre las cuales se halla en primer lugar la de que el orden vigente desaparezca revolucionariamente, el pluralismo científico por muy proclamado que sea, se convierte en un verdadero flatus vocis.

2) Las instituciones de investigación son no sólo unidades científicas, sino también centros de producción con condicionamientos económicos, sociales y académicos que deben ser tenidos siempre en cuenta. Los problemas de medios para la investigación, colaboradores, posibles consumidores y usos de los resultados, así como el de la ubicación de un determinado proyecto o disciplina dentro del contexto general de la institución, son elementos que deben ser estimados en todo proyecto de investigación junto a lo propiamente científico (teórico o metodológico). La separación en la praxis de la investigación social entre lo académico y lo administrativo puede ser una trampa en la que perezca la libertad intelectual como antiguamente sucediera con el pensamiento liberal en la distinción manejada asutamente por los poderes tradicionales entre aspectos espirituales y mate

riales de la realidad.

3) Las instituciones de investigación pertenecen al ámbito científico de la acción humana. Su transferencia al propio de la política y el uso político inmediato de las mismas, bien sea mediante declaraciones sobre el momento político o su utilización como "service-stations" para el poder público las colocan en la arena política donde muy pronto muestran su fragilidad. Los intentos, por ejemplo, de enfrentar a los gobiernos militares en América Latina utilizando a las instituciones académicas como ariete han terminado siempre con la destrucción inútil de las mismas, dejando incólume a sus atacados pero arrastrando con ello obras difícilmente construídas o impidiendo así su verdadera función de fomento de pensamiento independiente frente al coloniaje científico.

4) Nuestras instituciones de investigación social operan en América Latina. Hay que aceptar este hecho frente a la tentación de heroicidades coyunturales. A diferencia de los individuos, las instituciones no pueden cometer pecados de heroísmo. Y, tristemente, la experiencia demuestra que lo que comienza muchas veces como una heroicidad, termina como un aporte al "brain drain" hacia los centros académicos de los países dominantes que pueden absorber cómodamente a los que renunciaran a sus puestos en las débiles instituciones científicas latinoamericanas. El "quedantismo" por muy odioso que pueda parecer a los puristas, es una política científica a largo plazo mucho más fecunda que el gratificante gesto individual de renuncia.

Por otra parte, debe tomarse con el mayor cuidado el problema del estudio en los países centrales. Toda preparación que no sea seguida de una readaptación ulterior a las condiciones del país de origen constituye un

acto de potencial colonialismo científico. Eso no quiere decir que no sea necesario el viaje de ida cuando no se dispone de medios locales adecuados para la preparación científica. Pero en esta materia no puede haber viajes de ida sin vuelta. Si nuestras instituciones no son capaces de desarrollar un clima crítico que someta a examen lo adquirido en los centros académicos mundiales es preferible no aconsejar ni apoyar tal preparación externa. Pero esto tampoco puede servir como pretexto, para que a socaire de defensa de la autonomía nacional, se perpetúen en nuestros centros de investigación fósiles académicos que transmitiendo conocimientos obsoletos nos colocan en una situación de inferioridad respecto al desarrollo científico mundial. Un análisis de lo que sucedió con la ciencia bajo el fascismo sería un oportuno refresco para algunos desprovistos nacionalistas.

5) En cuanto a la financiación, debe colocarse dentro de una problemática más general. Aunque el origen de los fondos puede dar pista sobre la orientación de una investigación, eso no es todo. Las instituciones de investigación social no pueden operar al modo del antiguo pensador solitario. Se necesitan fondos para dotar los proyectos, dar de vivir al personal especializado y una infraestructura administrativa sin la cual el talento por muy destacado que sea, resultará a la postre inoperante o desconocido. El objetivo más urgente para las instituciones de investigación social en América Latina consiste en desarrollar una fortaleza en su propio ámbito que les permita negociar en condiciones favorables y con el margen de libertad que les permita salvaguardar los requisitos de libertad académica antes mencionados. Tampoco aquí hay una relación de causalidad simple. La historia de las ciencias sociales y de sus fundadores

nos suministra abundantes ejemplos en que trabajos sin ataduras financieras específicas han servido a los poderes dominantes y otros, en cambio, en que los resultados han sido opuestos a los que los financiadores esperaban. Quizás toda la ciencia social, tomada en su conjunto, es una demostración de este fenómeno contradictorio. Porque al actual nivel de conocimientos de las ciencias sociales no proporciona el grado de control y organización que asegure la eficacia. La experiencia cotidiana en lo personal y la decadencia sucesiva de las potencias políticas nos demuestran, frente a los eternos perseguidos, que la maldad, o la bondad, son difícilmente organizables. Aún los entes sociales más poderosos, muestran palpables errores derivados de la falta de control de los efectos que creyeron prever.

6) Por último, las instituciones de investigación social deben tener en cuenta el contexto general institucional en que se dan. No hay en este punto recomendaciones universalmente válidas. La universalidad puede ser el lugar adecuado en países donde hay una tradición universitaria de independencia y garantías jurídicas suficientes frente a la arbitrariedad del poder público. A veces las universidades públicas son el lugar más adecuado, otras las privadas cuando hay una tradición secular independiente. Incluso las universidades confesionales que hasta ahora han sido un lugar notoriamente inadecuado para la investigación científica, pueden en el futuro brindar protección si prospera un pensamiento religioso progresista. En otras situaciones, como donde reinan regímenes totalitarios, las instituciones privadas no universitarias pueden convertirse en baluartes de una independencia intelectual que no está garantizada en ninguna otra parte. Pero a éstas les acocha el peligro de un elitismo restrictivista que

sin medidas compensadoras puede inutilizar toda su acción.

El mismo problema del estudiantado no puede ser tratado más como si fuera únicamente un problema pedagógico. Debe tenerse en cuenta que la universidad es hoy en casi todas partes la única arena en la que se permite la expresión de la oposición anti-regimen. Por eso los problemas que se plantean son, lógicamente, fundamentalmente políticos. Lo que obliga a una constante acción política, para la que los científicos están generalmente poco preparados. Donde no sea posible separar la práctica científica de la política, la primera será seguramente la perdedora. Lo ideal, desde luego, no es una universidad que paga el precio del orden a cambio de una total inutilidad científica, sino una universidad politizada, es decir, atenta a los problemas de su país y del mundo, pero que sabe dar su lugar al mismo tiempo a la investigación científica. Pero cuando ello no sea posible, la investigación social no podrá tener lugar en la universidad. La tentación será entonces de construir anti-universidades, con o sin alumnos, para la elite y el orden establecido. Se requiere mucha claridad ideológica, mucha capacidad de negación cotidiana y mucha renuncia al oropel para que esta última calamidad no complemente a la primera. Un mal -la expulsión de la ciencia social independiente de la universidad so pretexto de "despolitización"- sería complementado por otro aún mayor: la ciencia social quedaría refugiada en instituciones elitistas donde el control de la libertad intelectual por la selección de los temas o simplemente por su falta de repercusión pública perfeccionaría el daño del primero.

NOTAS

- 1/ "Sociología y cambio social en América Latina" (1959), recogido en Gino Germani, La sociología en la América Latina, EUDEBA, Buenos Aires, 1964, p.37. También F. Fernández, "O padrao de trabalho científico dos sociólogos brasileiros", Edición de Revista Brasileira de Estudos Políticos, Minas Gerais, 1958.
- 2/ Véase I.L. Horowitz, editor, The Rise and Fall of Project Camelot, The M.I.T. Press, Cambridge, Mass. y Londres, 1967, en particular págs. 108, 117, 123, 360 y 374.
- 3/ Eliseo Verón, Conducta, estructura y comunicación, Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1968. Caps. X y XI. A mi juicio estos trabajos de Verón y en general toda la segunda parte de este libro, es lo más claro y preciso que se ha dicho en Latinoamérica sobre la relación entre ciencia e ideología.
- 4/ José Nun, "Las brujas que caza el Sr. Goldstein", Marcha, Nº 1431, 10 de enero 1969. Hago notar que Goldstein, antagonista de Nun en la discusión, está también de acuerdo en estos "requisitos mínimos" de la ética de la investigación social (Daniel Goldstein, "La polémica sobre el proyecto marginalidad", Marcha, Nº 1438, 28 de febrero, 1969).

TRABAJOS CONSULTADOS

- Calvin P. BLAIR, Richard P. SCHAEDEL y James H. STREET, Responsibilities of the Foreign Scholar to the Local Scholarly Community, Education and World Affairs, New York, 1969.
- Frank BONILLA, "El intelectual latinoamericano y el desarrollo político", Aportes, Nº 5, julio 1967.
- Gonzalo H. CARDENAS, "La sociología neocolonialista en Argentina", Serendipity, Asociación de Estudiantes de Sociología de la Universidad Católica Argentina, Nº 1, Año III, Buenos Aires, octubre-noviembre 1968.
- FRENTE ANTIIMPERIALISTA DE TRABAJADORES DE LA CULTURA, "Balance de la actividad cultural argentina durante 1968", Buenos Aires, 1968 (mimeo.).
- Gino GERMANI, La sociología en América Latina, EUDEBA, Buenos Aires, 1964.
- Daniel GOLDSTEIN, "La polémica sobre el Proyecto Marginalidad", II, Marcha Nº 1438, 28 de febrero 1969.
- Pablo GONZALEZ CASANOVA, "La nouvelle sociologie de l'Amérique Latine", L'Homme et la Société, Nº 6, diciembre 1967.
- Jorge GRACIARENA, "El estilo tradicional y la sociología latinoamericana. Una contracrítica", Social Sciences Information, en prensa.
- Irving L. HOROWITZ, ed., The Rise and Fall of Project Camelot, M.I.T. Press, Cambridge, Mass. y Londres, 1967.

Ernesto LACLAU (h), "Anarquismo y otras intoxicaciones", (Inédito).

Juan F. MARSAL, "A propósito del libro de Horowitz sobre el difunto Proyecto Camolot", Revista Latinoamericana de Sociología, 1968/2.

Martin NICOLAUS, "Remarks at ASA Convention", The American Sociologist, vol. 4, Nº 2, mayo 1969.

José NUN, "Las brujas que caza el Sr. Goldstein", Marcha, Nº 1431, 10 de enero 1969.

_____, "La polémica sobre el Proyecto Marginalidad", I, Marcha Nº 1438, 28 de febrero 1969.

Richard ROBBINS, "Who will liberate the Sociology Liberation Movement?", The American Sociologist, vol. 4, Nº 2, mayo 1969.

Theodoro ROSZAK, ed., The Dissenting Academy, Random House, New York, 1967.

Aldo E. SOLARI, "Algunas reflexiones sobre el problema de los valores, la objetividad y el compromiso en las ciencias sociales", Aperturas, Nº 13, julio 1969.

Oscar VARSAWSKY, "Ciencia, política y cientificismo en Argentina", (mimeo) Buenos Aires, s.f.

Elisio VERON, Conducta, estructura y comunicación, Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1968.